

Teoría para la acción: los estudios rurales

Juan José Santibáñez
Alejandra Sánchez
Otto Fernández

Este artículo enfoca el debate teórico suscitado en los estudios rurales en México. La discusión privilegia el estudio de los lazos establecidos entre la elaboración teórica y la esfera de las decisiones políticas. En particular, se sostiene la tesis de que los debates ocurridos al interior de la relación teoría-desarrollo han generado una imagen sumamente compleja del mundo rural mexicano. Esa imagen expresa mejores y más ventajosas condiciones de comprensión de la realidad rural y, por consiguiente, mayor probabilidad de formulación de decisiones políticas adecuadas a las tendencias recientes del desarrollo.

México ha vivido dos fases de su reciente desarrollo. La primera que se percibe entre 1970-1982 y la segunda, de ajuste estructural, que se inicia precisamente a partir de 1982. Estamos, al menos ello se pretende demostrar, en una nueva fase de desarrollo caracterizada por un cambio del vínculo entre teoría social y desarrollo.

La producción científica en México no sólo se ha caracterizado por estar en estrecho vínculo de dependencia con las políticas educativas del estado, también se ha preocupado de modo central por proyectar sus hallazgos sobre el deprimido horizonte del desarrollo social, quizá con menos fuerza de lo que pudiera extraerse de la riqueza de sus conclusiones, o del lejano vínculo instituido que existe entre producción del conocimiento en México y su difusión en la estructura productiva.

Los compromisos profesionales de cada investigador han esta-

do fuertemente condicionados por la extrema urgencia de resolver problemas inmediatos en el mundo rural. El contexto histórico permitió la reducción de los alcances de buena parte de las teorizaciones debido a esa urgencia.

Un rasgo en particular permitió la pérdida de autonomía de una parte de la reflexión social y de las formas de gobierno. Esta singularidad nacional fue la herencia antiestatista de destacados intelectuales y la conciencia con la insurgencia rural respecto a ese gran monstruo asentado sobre la organización caciquil de relaciones sociales en el campo.

La discusión de este grupo de investigaciones se refirió directamente al tipo singular de políticas coyunturales o de mediano plazo que propusieron esquemas antiestatistas de desarrollo. La reunión de todo tipo de propuestas en esa dirección coincidió con discutir la viabilidad de las llamadas políticas de estabilización, ajuste y cambio estructural.

El escenario definido por las estrategias de control de la crisis, propuestas con claridad en los sexenios de Miguel de la Madrid y Carlos Salinas de Gortari, desplazó casi definitivamente un enconado debate sobre el destino del campesinado, que durante la década de los setenta caracterizó la producción académica nacional.

Los cambios estructurales han conducido a una nueva situación, difícilmente apreciada, encaminada a mejorar las condiciones de vida de la población rural, pero, sin duda, son prueba evidente de la extrema complejidad de las interacciones sociales propias de una nación globalizada al estilo norteamericano.

Los límites de las reformas estructurales han sido ampliamente expresados por el paso de un gobierno tecnoliberal a uno cuya única etiqueta descriptiva es el solo hecho de seguir la experiencia salinista. En efecto, carente de un proyecto propio, el gobierno de Ernesto Zedillo sólo puede arrastrar el mote de posliberal, de la misma manera que la proyección teórica que le busca fundamento conceptual sólo puede ser posliberal.

En otra dimensión intelectual ha continuado la acumulación de diversos niveles de conciencia sobre la realidad rural. Por encima de la premura del tiempo gubernamental, que clamaba por medidas prácticas inmediatas, la teoría social y sus cada vez mayores vínculos con la investigación aplicada convirtieron el desaire

del proyecto neoliberal en un estímulo a la agudeza de la razón, cuya distancia del poder permitió documentar las dificultades internas del proyecto gubernamental. Este segundo tipo de reflexión, marginal a la política sexenal, a diferencia del posliberal, ha sido más hábil para reconocer lo ríspido de temas nuevamente planteados a la intelectualidad.

Crisis, estabilidad y cambio estructural

La crisis agraria y la idea de estabilizarla induciendo un cambio estructural en toda la acción estatal con propósitos sociales, no puede ser evaluada en su sola dimensión productiva ni coyuntural. Como lo señalara Arturo Warman en su presentación a una visión de la modernización en México, el asunto concierne a cambios de larga duración y afecta las condiciones estructurales de la relación estado/gobierno-sociedad civil.

Pero los propósitos de corto plazo, en buena medida están relacionados con aquellos de más honda huella: la abrasadora oleada de liberalización de la economía mexicana y su apuesta a la privatización de las relaciones institucionales más significativas para una sociedad, cuyo acuerdo se había enorgullecido de su origen rural.

Lo precario de los recursos, aunque disminuyó notablemente la difusión de las ideas, los foros de debate y otras instancias de reflexión, no impidió totalmente el trabajo de las ciencias sociales que se realizó a la manera de una guerra de baja densidad. Sin la consolidación de las instituciones, o de las áreas dedicadas al tema, la reflexión se retardó o se fue haciendo y alimentando de la experiencia viva al lado de los actores sociales.

La imposibilidad de reactivar el campo mexicano, a pesar de la relativa disminución de la tasa de crecimiento demográfico, dio pie a la idea de que el modelo de desarrollo en su conjunto debía ser sustituido. La fuente administrativa de esta reorientación fue el creciente déficit fiscal; las medidas correctivas de ese desbalance colocaron al campo en una situación de abandono respecto de los tradicionales subsidios dados a la producción y consumo de la población. La viabilidad de esos cambios o los efectos de la asigna-

ción de los recursos productivos por medio de las leyes del mercado fue, sin duda, el centro de los análisis sobre el mundo rural.

Trabajos como los de Fernando Rello insistieron en la dependencia de la actividad sectorial respecto de la política de precios.¹ Aunque los estudios sobre este tema se concentraron en discutir las hipótesis intervencionistas o neoliberales, sin avanzar en desagregar los diferentes efectos de una determinada política de precios en zonas de agricultura de riego o con exposiciones sólo temporales a los flujos comerciales, los estudios así producidos demostraron la gran dificultad de los objetivos de estabilización de los precios agrícolas.

En la revisión de esas posibilidades no dejaron de señalarse las limitaciones de la vía mexicana del neoliberalismo.² La débil reacción de la actividad fue documentada de manera sistemática, pero al mismo tiempo se expuso el terrible “costo social” de esas medidas.³

Los saldos de esas políticas de ajuste han sido expuestos de modo breve en los estudios sobre la depresión de las condiciones de vida de la población rural, que no ha podido resolver sus problemas de sobrevivencia a partir de programas asistenciales como Procampo, y en la actualidad se halla en el fondo del abismo de las carteras vencidas.⁴

La situación ha sido propuesta como un escenario donde la responsabilidad del estado debe estar acompañada de la participación de la población rural. Pero ese nuevo marco, con un sector social orientado por la eficiencia del mercado, se halla socialmente en quiebra. La base teórica de esos proyectos optimistas se encuentra ya en los debates de la década de los setenta. Ahí se habría acuñado la postura antiestatista de ciertos intelectuales que entonces pertenecían a la oposición.

¹ F. Rello, “Ajuste macroeconómico y política en México”, México, 1980.

² T. Rendón y R. Escalante, “Neoliberalismo a la mexicana: su impacto sobre el sector agropecuario”, México, 1988.

³ N. Lustig, “El efecto social del ajuste”, México, 1980, p. 201.

⁴ D. Ibarra, “Problemas institucionales y financieros de la agricultura”, México, 1995, p. 643.

La ciencia y la política

La situación social vivida en México durante casi tres décadas propició un contexto muy seductor a las teorías revolucionarias. Este contexto polarizado se proyectó en el terreno ideológico durante la década de los años setenta y construyó cierta imagen de intolerancia dentro de la izquierda. Paradójicamente, no fueron los intelectuales radicalizados los que ocuparon los puestos de dirección social de iniciativas reformadoras del modelo de desarrollo contemporáneo. La polidimensionalidad de la crisis rural desplazó las expectativas de cambios radicales y situó en condiciones históricas especiales a quienes habían lanzado ideas alternativas de organización del mundo rural pero en posturas menos radicales. Los apasionados polemistas, o algunos de ellos, atraídos por la propia irracionalidad de la tecnocracia sintieron la impostergable necesidad de convertirse al credo de “mejor actúa quien más sabe”.

Fuese cual fuere el contenido del enlace entre teórico y político, lo cierto es que eso aquí planteó un nuevo problema al debate social. La organización del mundo rural pasó de estar simplificada —sin ningún contenido peyorativo— a la categoría de clase social para ser sustituida, primero por los actores sociales, pero enseñada, de modo más claro, como actores sociales con formas organizativas; esto es, organizaciones de productores. Evidentemente, estos cambios se produjeron bajo la influencia de la crisis agropecuaria, pero también como fruto de éxitos relativos de algunas experiencias de gestión productiva de luchas campesinas. La relevancia del tema puede también ser descrita por el paso de los estudios de estructura a los del (o los) movimiento(s) y de la economía a la política.⁵ Los trabajos comprendidos en la década de los años ochenta, en rigor, no sólo se desplazaron a la política, a pesar de que esto es buena parte de la tradición sociológica latinoamericana, más bien se orientaron hacia una redefinición del enlace entre

⁵ Un buen panorama de los últimos veinte años se puede encontrar en los artículos de A. Warman, “Los estudios campesinos veinte años después”, México, 1988, y “Los campesinos en el umbral del nuevo milenio”, México, 1988.

Asimismo, un excelente análisis de las tendencias en el análisis campesino del presente siglo en México se halla en C. Hewitt de A., *Imágenes del campo. Una interpretación antropológica del México rural*, México, 1982.

economía y política, es decir, entre estructura y proceso. Con ello, sin embargo, debe advertirse un tercer elemento: la aparición de los estudios sobre sistemas de producción y el desarrollo de grupos nuevos de investigación interdisciplinarios que se nutrió de la emergencia de dos temas centrales: la biotecnología y el deterioro ambiental.

El último tercio del decenio de los años setenta había sido escenario de acalorados debates sobre las características que definían el proceso de creciente empobrecimiento de la masa campesina. Ese debate había consolidado su eje teórico alrededor del concepto de clase social, lo que le permitió clasificar la estructura agraria como matriz de una estructura social cuyo desarrollo generaba un continuo proceso de proletarización. Los defensores o críticos de esa caracterización pudieron ser la más alta cristalización del rigor teórico, pero asimismo fueron alejando cada vez más sus focos de los complejos procesos sometidos a debate.

El problema central de esos debates se reflejaba en la ambigüedad de los perfiles políticos que perseguían campesinistas o descampesinistas, y es probable que esto se haya derivado de la necesidad lógica que les imponía el concepto de campesino, el cual obliga a reducir la definición a rasgos sustantivos, de donde se derivaban lógicamente las consecuencias de comportamientos esperados.⁶ Las expectativas en el movimiento campesino, sin renegar de su vocación, tuvieron que explicar el prolongado reflujó nacional de sus luchas. Los actores sociales se vieron entonces, reconocidos como categorías extraordinariamente complejas no reducibles a una o dos de sus dimensiones: economía o política. A esto puede atribuirse que en el presente decenio seguramente se reforzarán los estudios de identidad colectivos, tomando en cuenta el resurgimiento de nuevas oleadas de movimientos.

La tipología, como estrategia de investigación, fue al mismo tiempo una alternativa al uso de las variables poco homogéneas que preferían las anteriores investigaciones: por ejemplo, canti-

⁶ Son dramáticas las predicciones de A. Bartra, "El panorama agrario de los '70", México, 1978, p. 124. No obstante, debe recordarse que es a este autor a quien se debe la permanente asociación entre economía y política, en su esfuerzo por integrar un concepto de campesino con estricta connotación política.

dad de medios de producción, como tierra, maquinaria o uso de fuerza de trabajo asalariada, etc. En la mayoría de los estudios de la década de los años setenta se podía hallar con cierta facilidad la inconsistencia de esos criterios de clasificación. No debe, por ello, perderse de vista el extraordinario aporte que representó la aparición del trabajo de Alejandro Schejtman realizado en la CEPAL.⁷ Este trabajo había conseguido el análisis más brillante del conjunto de la información censal disponible. La inconsistencia de la clasificación por intervalos de propiedad, muy en boga en el decenio de los años setenta, fue resuelto por este autor homogeneizando la calidad del suelo para convertirla en variable cuantificable con independencia de sus diferencias regionales.⁸

Los trabajos de las unidades familiares pudieron encontrarse con una construcción que prácticamente agotaba el terreno de nuevas investigaciones sobre la agricultura comercial o la de gestión campesina. Ésta debe ser una de las razones por las que la fuerza de los estudios de reproducción aumentó en estos diez años; es decir, estos estudios subieron en la escala de observación del fenómeno, pues, con toda la rigurosidad macroeconómica del trabajo señalado,⁹ la reactivación de la estructura productiva no se veía con claridad. La política estatal de promoción de la agricultura nacional tuvo resultados engañosos en los primeros años del pasado decenio. Tras una breve recuperación, aparentemente más debido a la bondad climatológica que al éxito de la planeación,¹⁰ la recaída fue más dolorosa. De modo que existieron suficientes argumentos, derivados de la realidad, para intentar de nueva cuenta explicar qué sucedía en la escala de las unidades familiares. Por esta misma razón se consiguió avanzar en los estudios de la mujer.¹¹

⁷ A. Schejtman, *Economía campesina y agricultura empresarial*, México, 1986.

⁸ Una interesante serie de investigaciones apareció en la revista *Economía Mexicana*, México, 1987, siguiendo los avances expuestos en el libro de Schejtman A., *op. cit.*, 1986.

⁹ A. Schejtman, *op. cit.*, 1986.

¹⁰ N. Lustig, "Crisis económica y niveles de vida en México", México, 1987.

¹¹ Ése ha sido uno de los campos donde la condición femenina ha encontrado grandes dificultades para proyectar los razonamientos del feminismo tradicional. Una excelente compilación en esta materia se encuentra en M. Goldsmith, "Debates antropológicos entorno a los estudios sobre la mujer", México, 1986. Es muy útil el apéndice de las tesis dedicadas a este tema, en especial, a la mujer campesina.

La unidad familiar se colocó como el centro del registro de información. Con ello la posición que ocupaba la mujer en las estrategias familiares de reproducción se reveló como central. Se trataba, entonces, de trasladar el foco de atención no sólo de la estructura a la política sino acercarlo a la gestión que las unidades campesinas hacían de sus medios de producción. Así, se encontró y trató de resolver, un nuevo problema: la articulación de la acción de las unidades familiares con sus horizontes extralocales o, para decirlo de modo simple, con el universo social más agregado. En estos estudios no se reprodujo la idea eurocentrista de la evolución hacia el individualismo desde esta unidad familiar; más bien, se trató de sostener la hipótesis de que las unidades familiares eran el principio unitario de las comunidades rurales en lugar del individuo.¹²

Un caso siempre patético lo resume de sus propias experiencias Arturo Warman:

Cinco años son un plazo muy corto para juzgar procesos sociales que no respetan los plazos sexenales. Por otra parte, es más riesgoso en nuestra circunstancia esperar el tiempo necesario para el juicio frío y documentado. Los tiempos y la sociedad se están moviendo con rapidez implacable, con urgencias que no esperan, con reclamos que no admiten la paciencia. Ése es el tiempo que nos tocó vivir, tiempo de cambio y transformación, también de tensiones y definiciones. Las decisiones se han tomado en esas circunstancias, con la información disponible y no con la que se tiene después, dentro de los marcos de las propuestas y alternativas presentes, muchas veces distintas y más restringidas de las que descubren los historiadores, en diálogo y comunicación con las fuerzas aparentes y apenas con las emergentes, inmersos en nuestro momento y sus limitaciones. En este contexto aventuro mi evaluación, que es a final de cuentas también mi compromiso [...] La política social tiene que asumir la historia, pero no puede asumirla de inmediato. A los rezagos profundos se suman los reclamos derivados de una crisis de magnitud sin precedentes en un país de gran tamaño [...] la debilidad de la sociedad y sus organizaciones, combinada con la emergencia de fundamentalismo de todos signos, la polarización ideológica residual que analiza el presente con conceptos de ideas del pasado, la falsa representación y el protagonismo heredado de estructuras caducas, conforman otra restricción de gran envergadura. No podemos restringir la

¹² Una expresión radical de esta hipótesis había sido formulada en W. Taylor, *Embriaguez, homicidio y rebelión en las poblaciones coloniales mexicanas*, México, 1987, p. 145.

evaluación de la política social a la acción de las instituciones públicas, tenemos que referirla al conjunto de la sociedad.¹³

La perspectiva del político, en este final de siglo, en efecto consideró las ardientes polémicas o el debate de ideas como algo que obstaculiza, y no como fuente de aclaración de los procesos de la realidad. Ésa es sin duda un problema contemporáneo del conocimiento social.

Las organizaciones de productores

En la interlocución estado-campesinos se mantuvo la producción de trabajos de corte sectorial que, tratando de superar antiguas deficiencias, intentaron reunir la experiencia inmediata de la movilización agraria.¹⁴

Los estudios recientes sobre este tema tienden a privilegiar el aspecto organizativo de los movimientos campesinos,¹⁵ lo cual es probable que se derive del carácter mismo del estado mexicano que ha conseguido su estabilidad en función del sistema corporativo; aunque, en el terreno de los hechos, puede obedecer a que los movimientos campesinos han debido competir dentro de la sociedad, organizados políticamente, para ser reconocidos como los interlocutores del estado. Este rasgo parece definirse más claramente a raíz de la relativa flexibilidad inducida en el sistema político mexicano al final de la década.

El reclamo de la tierra y de la gestión de sus recursos, entre otras reivindicaciones, lleva cada vez más a que las organizaciones se propongan como centros de reactivación de la producción rural.¹⁶ La

¹³ A. Warman, *La política social en México, 1989-1994*, México, 1994, pp. 22-23.

¹⁴ La mejor representante de este continuo se encuentra en los trabajos de L. Paré, *Las voces del campo*, México, 1987, y "Movimiento campesino: política agraria en México, 1976", México, 1985.

¹⁵ En la medida que aquí se subraya más la dimensión organizativa, sería propio del tema de movimientos sociales analizar con más detalle el problema de la orientación de otros elementos del movimiento. Para estos efectos, véase P.C. Mejía y S. Sarmiento, *La lucha indígena: un reto a la ortodoxia*, México, 1987.

¹⁶ A la cabeza de esta tendencia está sin duda la (UNORCA) Unión Nacional de Organizaciones Campesinas.

identidad de los grupos campesinos e indígenas en el terreno político ha ido consolidando diversas formas organizativas, cuyo proceso es notoriamente innovador para el estudio de la realidad rural. Así, el tema de la organización e identidad de los productores tiene nuevos matices: son menos defensivos y más propositivos. De esta manera, el estudio de la organización, de su anatomía y de su movimiento se convirtió en un tema novedoso y crucial para comprender la envergadura de los fenómenos emergentes. La importancia del tema se generalizó más allá de los estudios del sector campesino; también, bajo la influencia de los estudios regionales se avanzó hacia el estudio de las organizaciones de productores privados; más aún, se trataron las realizaciones entre productores privados y campesinos. El proceso, en esta medida, se fue acercando aún más a las posibilidades de acción regional. Este tipo de enfoque se encuentra con el problema de analizar los fenómenos de la vida rural sin atarse a la perspectiva de sólo uno de los actores de esas regiones, pero al hacerlo no siempre ha conseguido los mejores resultados, en muchas ocasiones se ha recaído en una simplificación de los procesos, como certificado de la ausencia de una noción situada por encima de los actores sociales sin recaer en las anteriores hipótesis fatalistas de la lógica estructural.

Un tema abierto por las teorizaciones anteriores seguramente ha de analizar con más detalle las condiciones internas de cada organización, de modo que se explique su mayor o menor expansividad. La lógica de la acción colectiva y sus relaciones con la gestión de bienes públicos es aún un tema por explorar en la realidad mexicana.

Los nuevos agentes sociales

Las limitaciones de acceso al crédito y los altos índices de concentración de éste llegaron a fomentar la constitución de organismos intermedios, como las Uniones de Crédito a partir de 1989, lo cual tuvo como propósito sustituir los anteriores canales de financiamiento. El objetivo de estas nociones fue el de atender a pequeñas empresas rurales y urbanas.

Nacional Financiera (NAFIN) y BANCOMEXT impulsaron pro-

gramas de apoyo a estas figuras crediticias, llegando casi a triplicar las uniones de crédito de todo tipo durante el sexenio pasado. Las instituciones especializadas en esa actividad en el sector campesino se duplicaron con creces en el mismo periodo y su cartera de crédito alcanzó más de cinco mil millones de pesos a mediados de 1994.¹⁷ De acuerdo con la evaluación del impacto hecha por NAFIN, se registró un crecimiento más extenso: de 32 uniones registradas en 1989 se pasó a 218 en 1993; además, en el mismo periodo se pasó de atender 523 empresas, por dichas uniones, a 20 000 en 1993.¹⁸

En el caso de las uniones se observó un fenómeno contrastante: si bien los bancos no registraron un crecimiento en su número absoluto, sí lo tuvieron respecto de las empresas atendidas. En relación con las uniones, los bancos atendieron casi diez mil empresas, mientras las uniones apenas a medio millar. Aunque en 1992 la diferencia sigue siendo significativa la tendencia muestra un repunte de las uniones.

Para 1992 las uniones atendieron a alrededor de diez mil empresas contra cerca de 68 mil atendidas por los bancos. En 1994, las 20 mil empresas atendidas por las uniones son ya poco menos de la cuarta parte de las atendidas por los bancos. El resultado conseguido es claro: las uniones son figuras de intermediación financiera con una cobertura extremadamente significativa en el mercado de dinero.¹⁹

Una tendencia semejante se ha consolidado en el sector comercial. Para 1993-1994, poco más del 20% de los volúmenes comercializados por las bodegas del sistema CONASUPO estaba siendo manejado ya por organizaciones de productores o uniones de comercialización.²⁰

Programas de índole asistencial, como PRONASOL, insistieron en la promoción de formas colectivas de organización de los productores, de modo que fueran esas organizaciones las que sirvie-

¹⁷ D. Ibarra, "Problemas institucionales y financieros de la Agricultura", México, 1995, p. 643.

¹⁸ V.O. Espinosa, "Pequeña empresa", México, 1994, pp. 327-328.

¹⁹ V. Espinoza, *op. cit.*, 1994.

²⁰ V.S. Flores, *Diagnóstico, problemática y alternativas de desarrollo sectorial agropecuario en México: Abasto y comercialización*, México, mimeo, p. 12; véase también T.F. Torres, *El sistema poscosecha y alimentación nacional. En el sistema poscosecha de granos en el nivel rural: problemática y propuestas*, México, 1995.

ron de soporte productivo a los objetivos estatales. Un ejemplo peculiar ha sido el programa de apoyos especiales a los productores de café.

En 1990 se atendieron a 59 organizaciones de productos de café y en 1994 el número ascendió a 400.²¹ Es difícil precisar la magnitud de los grupos organizados desde el Programa de Empresas en Solidaridad, debido a que en este caso fue muy generalizado el recurrir sólo a la figura asociativa grupal pero en términos estrictamente formales. Sin duda, la persecución del propósito neocorporativista también caracteriza este programa.

La idea de privatizar las relaciones productivas estuvo, en suma, estrechamente acompañada de su contrasentido: organizar corporativamente a la clase o las clases rurales. La interacción de los productores ha tratado de convertir ese objetivo estatal en un propósito apropiado por las uniones de productores. Para ellas no está en juego la transferencia de las funciones estatales a escalas regional o microrregional, ahora en la responsabilidad de los productores. Las organizaciones sociales aceptaron la oportunidad de manejar de modo directo los recursos estatales, de por sí escasos, pero manteniendo el reclamo de la responsabilidad estatal, como agente tutor de políticas nacionales, cuyos objetivos se sigan refiriendo a corregir los profundos desequilibrios nacionales.

Sin embargo, el argumento estatal es otro. En efecto, se puede preservar la idea de concentrar y usar de mejor manera los recursos para apoyar el desarrollo rural. Es necesario elevar la eficiencia productiva mediante subsidios concentrados y estímulos directos al productor, pero sólo manteniendo la relación estado-campesinos dentro de las necesidades de legitimidad que representa la población rural.

El estado mexicano, sin duda, preservó su base populista, pero reorientando la clientela política para sustituir a su vieja burocracia corrupta e ineficiente por nuevos agentes que le dieran un mayor margen de eficiencia en el uso productivo de sus recursos, y, a la vez, incrementaran la base de legitimidad estatal.

²¹ A. Warman, *op. cit.*, 1994, p. 362.

Preservar el agrarismo: los aportes de la historia rural

La idea que se puso a prueba a finales del siglo XIX era, radicalmente, la del agrarismo mexicano. No en vano se discutía en el terreno político la validez de sostener la bandera de la Revolución Mexicana. Por eso la revisión histórica fue tan estratégica.

La aparición de resultados cada vez más sólidos de investigaciones históricas, realizadas no sólo por la vía de la historiografía, alientan los temas rurales. Podemos partir aquí de tres tipos de prácticas para analizar esos resultados. En primer lugar, aquellos que se agruparon de modo más o menos formal a través de proyectos unitarios. Los primeros dos casos estuvieron a cargo de Enrique Semo y de José Sánchez Cortés, orientándose a reconstruir la historia agraria, en el periodo 1925-1986, a partir de las entidades federales.²² El énfasis en esa perspectiva sociohistórica provino de cierta discontinuidad en el conocimiento del que se disponía en la época sobre el sector rural. La aparición de estas dos colecciones se nutría de la experiencia que habían dejado los estudios más individualizados, realizados sobre algunas décadas o sobre algunas regiones, los cuales superaron con creces el viejo debate de feudalismo *versus* capitalismo. La permanencia de ideas casi convertidas en mitos alrededor de algunos periodos presidenciales (cardenismo como campesinista o postcardenista como contrarrevolucionario) necesitaba cada vez más ser sometida a la prueba de la evidencia histórica. No siempre se obtuvo la misma imagen.

Por otro lado, la idea del desarrollo capitalista en el campo fue examinada con mayor rigor académico.²³ La producción del material histórico fue también consecuencia de una suerte de racionalización del debate que anunciaba el ocaso del contenido doctrinario de las hipótesis sobre el fatal desarrollo del capitalismo en la agricultura. Este ocaso del destino fatal de la acumulación originaria, de la proletarianización, o de su detención, presionó de modo

²² E. Semo, *Historia de la cuestión agraria en México*, México, 1988; y J. Sánchez Cortés (coord.), *Historia de la cuestión agraria*, México, 1982.

²³ Véase, por ejemplo, el sofisticado análisis de V. Salles, *et al.*, M., *El campesinado en México. Dos perspectivas de análisis*, México, 1984; también B. Rubio, *Crisis agraria y resistencia campesina*, México, 1984.

directo las investigaciones históricas. ¿Dónde se podía datar la detención de la acumulación originaria? ¿Qué otro proceso se había ocultado en los debates de hace 20 años? ¿Qué tan reducible sería la historia precedente al proceso centralizador y modernizador del estado mexicano? Como reconocía una investigadora, al comienzo de los años ochenta, el proceso de modernización no había sido tan brutal.²⁴ En realidad, se alimentó la idea de un proceso muy diferenciado por etapas y por zonas geográficas. El orden moderno no había reemplazado —no pudo hacerlo— exhaustivamente al orden tradicional.²⁵

Si los estudios sobre las unidades familiares ajustaron la idea de gestión de los medios de producción, los estudios sociohistóricos impulsaron el ajuste de la idea del proceso de más largo alcance del desarrollo del capitalismo en la agricultura.

Un tercer grupo de trabajos condujo de nuevo a la valoración de la política regional en su dimensión histórica. Quizá, desde la aparición del trabajo de Alan Knight, o tal vez, a partir de la obra de Francisco Guerra, la historiografía se vio potenciada por la perspectiva sociológica. El grado de desarrollo de la investigación histórica permitió que en los años de la década pasada se avanzara en la formación de temas de historia regional con ciertas tendencias a la formalización.²⁶ Las preguntas de los historiadores tienden a concentrarse en el análisis de las formas de los movimientos campesinos a lo largo de la historia de México, pero sin duda la riqueza de su trabajo reside en la discusión de fondo que se hace, aunque no siempre explícita, de la idea inquisitiva que se generalizaba en los años setenta: ¿Cuál es el potencial revolucionario del campesino?

De nueva cuenta, ha sido Friedereich Katz quien compiló una serie rigurosamente organizada para responder a esta pregunta.²⁷

²⁴ V. Salles, "Una discusión sobre las condiciones de la reproducción campesina", México, 1984.

²⁵ La ciencia política proporcionó buena parte de ese material. Véase, por ejemplo, R. Falcón, *Revolución y caciquismo. San Luis Potosí, 1910-1938*, México, 1984.

²⁶ Un buen ejemplo lo aporta el propio F. Guerra, "Teoría y método en el análisis de la Revolución Mexicana", México, 1989; también A. Knight, "Los intelectuales en la Revolución Mexicana", México, 1989; finalmente, véase F. Guerra, *El antiguo régimen y la revolución mexicana*, México, 1988.

²⁷ F. Katz (comp.), *Revolución, rebelión. La lucha rural en México del siglo XVI al siglo XX*, México, 1990.

Sus hallazgos son notables. Tras puntualizar la estrecha asociación de movimiento campesino y nacionalismo en el caso de México, persigue una explicación más amplia del sentido de las movilizaciones agrarias. Las transformaciones del estado colonial y prerrevolucionario ofrecen una clave para esa explicación. Pero a medida que se adentra en el análisis de los casos particulares la explicación es muy diferenciada, ya que no es sólo la idea del campesino revolucionario o tradicional la que ahora se discute; tampoco la reducción al espacio social del bandolerismo, aunque sin olvidar esas dimensiones de la movilización agraria, se avanza cada vez más en una búsqueda de explicaciones comprensivas.²⁸ Podemos ahora encontrar un nuevo plano en aquél debate Gilly-Katz de los setenta. En versiones documentadas se reactiva la memoria. El recuerdo de los límites o de los alcances de los movimientos campesinos en sus regiones,²⁹ en sus coyunturas, abona el presente deseo de la sociedad por recuperar el dinamismo desencadenado por dichos movimientos. Es probable que ahora se esté definiendo un escenario más propicio para reiniciar el debate agrario, el cual en la década pasada tuvo escaso eco. El material histórico se aproximó a la sociología y a la ciencia política. Los trabajos de Womack sobre Zapata, o la discusión sobre la naturaleza de la revolución mexicana, comparten ya su importancia con trabajos de semejante importancia.

Sea cual fuere el futuro de ese debate, lo cierto es que se ha producido una idea menos prejuiciada sobre el potencial, si se quiere de largo plazo, de las movilizaciones campesinas. De esta manera, las movilizaciones del presente han podido ser vistas más como tendencias a la democratización, sin que eso sea de por sí sinónimo de transformación revolucionaria. O, por el contrario, se ha dejado de identificar movimiento campesino con barbarie.

²⁸ Un antecedente notable de estos últimos trabajos lo constituye el libro de J. Meyer, *Esperando a Lozada*, Zamora, 1984.

²⁹ F. Katz, *op. cit.*, 1990.

Acumulación teórica y perspectivas de largo plazo

La sospecha protooscurantista sobre la duda o la certeza de la complejidad de los actores rurales no pudo tener la amplitud de los estudios sociales en el campo: no se movió al punto de suspender la reflexión sobre alternativas coyunturales o de largo plazo ante la certeza mostrada por el paradigma neoliberal.

Casi inmediatamente se puso en cuestión la modernización rural. Cuando se mantuvo la mirada en la lógica de la reproducción, se asoció a los supuestos eficientistas especializados de la política gubernamental. La base de los cuestionamientos siguió siendo la absoluta ignorancia, no siempre por desconocimiento, de la lógica del productor familiar.

Alrededor de la pregunta sobre los vínculos de las unidades familiares y su entorno mayor se propusieron dos grandes hipótesis. En primer lugar, el salto de la estructura inmediata a contextos regionales; y, en segundo lugar, una nueva inserción o, mejor aún, una nueva definición del espacio tradicional de las unidades mínimas de organización política.

Los estudios regionales, originados a partir de la economía campesina, tuvieron que entrar en relación inmediata con los problemas tradicionales de las teorías regionales muy propias de los economistas, urbanólogos y aun politólogos. En el caso de los estudios rurales no se trataba, sin embargo, de subordinar el asunto específico de la relación de la economía campesina con los mercados (dinero, trabajo y productos) a los procesos de urbanización o a las cadenas o centros de concentración económicos (comercios, finanzas, etc.).

El problema parece ser mucho más complejo, en rigor se mantiene la idea de analizar el comportamiento de los grupos de productores con esos distintos mercados, pero en relaciones interactivas. El problema de la gestión de recursos por las organizaciones familiares se analiza con la relación dinámica, interactiva, del contexto —hasta entonces asumido como dato externo— y los círculos más amplios donde residen otro tipo de productores, cuya acción recibe ciertas influencias de los espacios más inmediatos de la producción y reproducción; aquellos, a la vez, son condicionados por la acción de éstos. La política, en este primer grupo de

temas y enfoques, pasó a ser un objeto definido de análisis en el plano regional como una dimensión de coherencia regional, cuya orientación formaría un campo de disputa entre los distintos componentes.³⁰

En algunos casos, los estudios regionales fueron más exhaustivos y proponían modelos preliminares de análisis desde las unidades familiares hasta los espacios culturales de una determinada zona geográfica. En estos casos, la soberbia del trabajo —debido al volumen, no al contenido peyorativo del término— se ha visto poco gratificada por los resultados. En efecto, en ciertos casos la investigación regional requirió con mayor claridad de una interacción de varias disciplinas, cuyo desigual desarrollo planteó inmediatamente los problemas metodológicos de coordinación, cohesión, fusión, etc. De modo que, aunque por la vía de la práctica se reunieron en varios casos grupos de investigadores, los primeros resultados fueron una suerte de yuxtaposición de análisis particulares, ya sea de áreas menores o de disciplinas específicas. Por lo tanto, aun está por resolverse el punto del inter, trans, pluri o multi disciplinariedad.

Por otro lado, cuando esa hipótesis integradora se somete a prueba por investigadores individuales, los resultados tienden a ser, o bien, poco formalizados y traducibles a otros grupos de investigadores, o bien, discontinuos en la coherencia de las partes analizadas. En el primer caso, se debe reconocer que la complejidad de la explicación que nos ofrecen algunos autores es suficiente como para exigir una formalización de sus métodos. Pero es más importante reiterar que en el segundo caso no es probable que se resuelva esta deficiencia, debido al grado de especialización que exige el desarrollo de nuestras disciplinas; de ahí que sea natural esa presión hacia la formación de grupos interdisciplinarios.³¹

Esta tendencia se ve acompañada de una baja correspondencia entre el trabajo del científico y el del político. Los descubrimien-

³⁰ La hipótesis, aún preliminarmente expuesta, se halla en M. Pepin-Lehalleur, "Algunos parámetros de la lucha por el poder local en la región del Mante, Tamps.", México, 1993.

³¹ V. Parra *et al.*, "La regionalización socioeconómica, una perspectiva agronómica", México, 1996.

tos de los trabajos regionales se vinculan más a la necesidad de separar la acción centralizadora del estado y las condiciones particulares de cada región.

Ecología y gestión social

La imagen heredada de la tradición socioantropológica indicaba que lo mismo que el uso de los recursos familiares y productivos tradicionales se podía suponer una organización óptima del medio ambiente. No faltaban razones para ello.³² Las prácticas culturales en muchas comunidades indígenas eran bastante más racionales que la aplicación de agroquímicos: por ejemplo, se descubrió que las prácticas culturales tenían el doble propósito de uso de fuerza de trabajo familiar en condiciones de escasa o nula disponibilidad de dinero para adquisición de fertilizantes o herbicidas, pero al mismo tiempo como estrategia de obtención de hierbas nutrientes de la dieta familiar. También se generaron estudios sobre las estrategias tecnológicas como medios de relación o uso óptimo de la naturaleza.³³ Así, el sistema de roza, tumba y quema se asimiló a la idea de simetría en las relaciones entre unidades familiares y naturaleza.³⁴

Por consiguiente, los trabajos que se orientaron a explicar el deterioro ecológico del medio rural apostaron más fuerte a la idea de que los empresarios eran los responsables de la degradación de bosques, suelos, ríos y lagunas. Tampoco se debe pensar que hubo ausencia de motivo o evidencia, ya que el efecto de las agroindustrias en la contaminación del ambiente, de las excesivas aplicaciones de agroquímicos o de la compactación de suelos, como asociada a la tractorización, fue un fenómeno directamente relacionado

³² Un estudio serio de estos problemas se halla en J. Ruvalcaba, "Dos formas de producción agrícola y nuestro modelo nacional de desarrollo agrícola", México, 1984; y J. Ruvalcaba, *Agricultura en Cempoala, Tepeapulco y Tulancingo*, México, 1985.

³³ A. Warman, *Las estrategias de sobrevivencia de los campesinos mayas*, México, ISS-UNAM, 1985.

³⁴ El uso inicial del término *sistema*, así como su vínculo con las condiciones alimenticias, aunque hecho a niveles muy agregados de análisis, pertenece a D. Barkin, *El fin de la autosuficiencia alimentaria*, México, 1984.

con la capitalización de la agricultura. Lo mismo, en escala más notable, se podía constatar con el deterioro inducido en las áreas vecinas a la explotación petrolera o los bosques concesionados a los taladores particulares.

La señal de alarma era evidente y generalizada. De esta suerte, los trabajos agrupados en el tema del deterioro ambiental o gestión de la naturaleza tenían claros responsables en la organización irracional de la extracción de los recursos naturales que comandaban las grandes empresas capitalistas.

Para los movimientos sociales fue la consolidación de movimientos de defensa de los recursos naturales, del indígena o de las comunidades campesinas, pero la formulación de iniciativas dividió el interior mismo de esos movimientos. Por un lado, se podían encontrar tendencias conservacionistas de la naturaleza —en especial, las ideas y movimientos ecologistas— y, por otro lado, podían encontrarse tendencias a cambiar únicamente el apropiador del producto de dicha exacción. La tensión se mostró en los estudios.

En esa tensión los estudios tuvieron que replantear sus preguntas y buscar nuevas respuestas a la cuestión de bajo qué forma social de organizar la producción es más probable el equilibrio dinámico, o si se quiere, ecológico. Esto ha permitido someter a un razonamiento con mayor evidencia la hipótesis de si la organización de la unidad campesina es capaz por sí misma de mantener el supuesto equilibrio ecológico. El examen está todavía dando sus primeros pasos, pero es probable que los modelos tecnológicos que deriven de ahí estén ahora más cercanos a cada realidad particular y puedan con ello resolver las tensiones generadas por la incertidumbre precedente. No cabe duda de que ese modelo ensayado en la agricultura mexicana es arrasador del medio ambiente; pero ante los imperativos de la modernidad, ¿qué modelo tecnológico puede resolver las necesidades de la unidad familiar e insertarla en la posibilidad de producir ciertos excedentes?

Los biólogos o los agrónomos han alimentado con más preguntas esta cuestión. La presencia de organismos internacionales con propósitos conservacionistas sirvió de fuente de abastecimiento y caja de resonancia de enfoques conceptuales, cuyo eje ha sido la sustentabilidad del desarrollo. En el ambiente intelec-

tual y político existe el nuevo propósito de conseguir modelos de gestión de los reproducibles en puntos razonables de equilibrio —pensado en absoluto— o equilibrio inestable —para enfoques modernos.³⁵

Tecnología y humanismo

El saber tradicional está aun en cuestión, con mucha mayor profundidad en las zonas donde ese saber se ha resguardado por tantos siglos. En realidad, el tema de las tradiciones indígenas ha sido un tema renovado.

Un suceso trae consigo el presagio de un fértil diálogo futuro; esto es, la aparición de la hipótesis radical: el México profundo.³⁶ Esa hipótesis trajo la síntesis de una vieja tradición de la antropología: la vocación por la cultura y sus generadores.

La fuerza de la realidad planteó, bajo nuevas bases, el problema de la humanidad india, más estrictamente, el problema de los derechos humanos de los pueblos indios. Éste es un tema sumamente novedoso a pesar de los terriblemente tradicional de su objeto. Casi nadie se olvida de Bartolomé de las Casas, el fraile defensor de los indios, pero parecía olvidado el hecho de que los derechos indígenas no han conseguido ser respetados. El desplazamiento de los temas del centro a la periferia ha sido más exhaustivo de lo que a primera vista nos parece, y éste es el caso de la condición humana del indígena. Se trata no sólo de su cuerpo individual, es asunto de su cultura y de su organización social.

El tema de los derechos humanos resume en buena medida los estudios culturalistas tradicionales de la antropología, pero les da una dimensión más amplia. Si pudiera definirse así se diría que la cultura nativa se ha politizado.³⁷ En la década de los noventa ha de

³⁵ P. Moncayo y J. Woldenberg, *Desarrollo, desigualdad y medio ambiente*, México, 1985.

³⁶ Aunque la definición pertenece a Carlos Monsiváis, véase G. Bonfil, *México profundo. Una civilización negada*, México, 1987.

³⁷ Debemos agradecer a antropólogos, como Esteban Krotz, esa cercanía de la cultura nativa, así como esa postura tan rigurosa y tan politizada de sus herramientas conceptuales. Véase E. Krotz, "Poder, símbolos y movilizaciones: sobre algunos problemas y perspectivas de la Antropología Política", México, 1986. En este marco

observarse el incremento de los estudios jurídicos sobre este tema; nada más necesario al cambio cultural que la reglamentación precisa de su racionalidad.³⁸

Finalmente, el problema indio en México se transforma radicalmente con la emergencia de un nuevo fenómeno social. En efecto, la insurrección de Chiapas puso en el centro de las grandes decisiones nacionales el problema étnico. La clausura de la Reforma Agraria no fue evidente, tampoco la posibilidad de arrasar rápidamente con los grupos residuales de la élite gobernante. La amplitud de las demandas del zapatismo chiapaneco incitó el retorno de viejos temas. Los problemas de la autonomía étnica han vuelto con gran vigor a estar en medio de todo debate nacional. Es probable que la condena a la que aludía Arturo Warman sobre los viejos conceptos sólo resulte una metáfora. En todo caso, los fusiles del zapatismo también eran viejos. Y más viejo aún resultó el discurso político o el conocimiento oficializado para entender y poder comunicarse con la rebelión india de fin de siglo. La fragilidad de las instituciones ante esa emergencia pone en tela de juicio la certeza sobre la viabilidad de las medidas de corto plazo y reúne de modo más fresco, no los viejos conceptos sino los viejos problemas sin resolver o agravados por el ensayo neoliberal.

Con trabajos de corte periodístico, pero de gran profundidad teórica, se ha alimentado de modo extraordinario este debate. Esta coyuntura ha podido abrir la otra vía de la discusión, donde los autores del populismo real —no del discursivo del gobierno de los setenta— retoman un hilo roto por el abrumador peso de los recursos del poder. Para infortunio de la academia, estos materiales, los mejores, apenas pueden ser consultados si no se asiste a las mesas de trabajo del zapatismo chiapaneco. Pero éste es un problema bastante menor.

puede consultarse la obra de L. Arizpe, *Cultura y desarrollo. Una etnografía de las creencias de una comunidad mexicana*, México, 1989.

³⁸ L. Arizpe, *Cultura y cambio global: percepciones sociales sobre la deforestación en la Selva Lacandona*, México, 1993.

Sistemas de producción y mundo rural

Un panorama más positivo fue quedando del trabajo de los centros de investigación. A pesar de las reducciones humanas y presupuestales, o tal vez por eso, se reforzaron algunos vínculos de trabajo entre varias disciplinas.

El cruce de acción institucional, formación de grupos académicos, renovación intelectual y continuidad de la investigación ha permitido la introducción y exploración de nuevos métodos de investigación. La manera más precisa de definir estos métodos ha sido ya enunciada. La interdisciplinariedad ha producido al menos dos tipos de grupos de investigación y una noción que está siendo apenas sometida a prueba.

En dos vertientes que guardan poca relación entre sí se ha formulado la noción de sistema como categoría analítica que nos permite reunir bajo la mirada de varias disciplinas, cómo los imperativos de organización, funcionamiento y desarrollo de determinados sistemas de producción se ven alimentados, resueltos, o asumidos y transformados por los agentes sociales. La primera vertiente, cuyas diferencias internas son suficientes como para pensar que comparten un mismo significado del término, se puede llamar, no obstante, la perspectiva del paisaje para distinguirla de la epistemología genética.

El paisaje agrario designa una postura epistemológica, cuyo propósito se orienta a recoger los rasgos determinantes de la realidad agraria, suponiendo una interacción dinámica que va desde la realidad inmediata del espacio productivo, la parcela, hasta la conformación de realidades agregadas en paisajes agrarios complejos o sistemas agrarios. Aunque en esta perspectiva han dominado los agrónomos, geógrafos y economistas, el objetivo de la investigación permite suponer más bien una integración de casi todas las disciplinas.³⁹ El espacio productivo, en su doble uso disciplinario

³⁹ En el caso de algunas problemáticas se puede describir cómo esta perspectiva, aún por consolidarse en México, reúne al menos tres problemas. En primer lugar, las cuestiones de las unidades familiares; en segundo lugar, las de los vínculos regionales; y, en tercer lugar, la competencia entre sujetos sociales de distinta orientación productiva.

Para estos efectos, véase el trabajo de M. Pepin-Lehalleur y G. Sauther, "El Mante (Tams., Mexique): un systeme agraire regional?", París, 1987; también M. Pepin-Lehalleur, "Une Mexique rural postagrariste pour l'an 2000", París, 1989.

de la geografía y la economía, ha privilegiado la investigación regional y su epistemología procede en sentido analítico. De ahí, pueden derivar sus problemas, pues precisamente a la hora de intentar una exposición global se enfrenta a los límites que define la división disciplinaria. Esto deriva rápidamente en una discusión sobre el carácter transdisciplinario que debería seguir esa investigación.

Diversas áreas han sido sometidas a investigación con esta estrategia, aunque en versiones muy diversas. Los trabajos más ricos en hipótesis explicativas y posibilidades de traducción a los problemas que tradicionalmente ha enfrentado la investigación sobre el medio rural son los aplicados al estado de Michoacán y los desarrollados en el estado de Veracruz. Estos trabajos se ocupan de analizar cómo las condiciones geográficas, agronómicas y físicas son también materia de decisión de la gestión de los productores. La noción que Thierry Linck propone agrega al uso tradicional de la noción de unidad familiar la dimensión de organización del territorio de un modo coherente.

De esta manera, los aspectos técnicos, que sólo habían causado sorpresa en la investigación de campo de antropólogos y sociólogos, se sometieron a la crítica de razonamiento. Así, se encontró que las unidades familiares buscan una doble articulación de sus medios de producción: por un lado, el uso óptimo de sus medios productivos y, por otro, la combinación óptima de sus actividades agrícolas y pecuarias.⁴⁰ Esa racionalidad exhaustiva, si se nos permite el término, se ve dislocada por la política agraria de especialización sectorial derivada del imperativo de organizar la producción de manera sectorial según el modelo occidental. La aplicación de agroquímicos, la sustitución de fuerza animal por fuerza mecánica, entre otros, son indicios de ese desquebrajamiento de la coherencia territorial que caracteriza al campesino. Por eso, el resultado es el despojo del campesino. El método, con sus novedades, es apenas una hipótesis que reúne gran cantidad de datos de la organización técnica y social de las unidades productivas. Pero no ha sido muy afortunado en la proyección de esos análisis al terreno más amplio de las relaciones de esas unidades con el resto de

⁴⁰ Th. Linck, *op. cit.*, 1988.

las fracciones de la sociedad, local o nacional, pues no se encuentran procedimientos igual de potentes para sustituir el análisis estadístico tradicional —muestreo representativo, agrupaciones de conglomerados, etc.—, de suerte que a medida que se disminuye la escala del análisis no se redujera la complejidad de las unidades familiares a sólo las dimensiones económicas, políticas u organizacionales. Es ilustrativo, por ejemplo, que al pasar a la escala nacional o regional de la investigación rural se recaiga en el análisis promediado de la asignación de recursos por tipo de productor, por superficie, etc.

En términos de la metodología, éste no es un problema de fácil resolución. Algunos trabajos de gran envergadura han propuesto una epistemología precisa para cohesionar el fenómeno que tradicionalmente se denominaba microsocioal con el macrosocioal. La epistemología genética propone también una noción particular de sistemas y, mejor aún, conceptos básicos para el análisis de sistemas complejos.⁴¹ En esta perspectiva es notorio el esquema causal por el cual resuelven la interacción micro-macro. La perspectiva postula niveles de primer y segundo nivel, cuya relación causal va desde los metaprocesos a los procesos. Estos últimos, “generalmente son el efecto local sobre el medio físico o sobre la sociedad que lo habita, de procesos más amplios que tienen lugar en otros niveles”.⁴² La perspectiva ha sido puesta a prueba en algunos casos,⁴³ pero sus resultados han sido muy desiguales y, a pesar de la innegable riqueza del material recogido, las conclusiones sobre las condiciones del productor, sus orientaciones, etc., tienden a ser reducidas a la tradicional taxonomía de campesinos pobres, proletarizados, o campesinos ricos. La evaluación, en cambio, de las condiciones biológicas, nutricionales, del medio físicos, etc., reciben un extraordinario tratamiento.

⁴¹ Véase respecto a esta noción la propuesta de E. Leff, quien también ha denominado esta perspectiva como ambiental. E. Leff, (comp.), *Los problemas del conocimiento y la perspectiva ambiental del desarrollo*, México, 1986.

⁴² R. García, “Conceptos básicos para el estudio de sistemas compuestos”, México, 1986.

⁴³ Al menos se puede hablar en México del caso del noroeste, de La Laguna y del proyecto integral del Golfo de México. Véase, F. Tudela, *La modernización del trópico. El caso de Tabasco*, México, 1989.

La desigualdad en el tratamiento de la información, que se expresa en sus conclusiones, puede ser atribuida a esa discontinuidad de la formación disciplinaria que en el momento de reunir diversas ópticas no puede alimentarse de cada una de ellas de manera simétrica. Las posturas de la sociología o de la biología son de por sí suficientemente desiguales como para ser capaces de alimentar el modelo ambiental sin reducirlo a simplificaciones. Pero si éste es sólo un problema de estado de la investigación, sólo debemos esperar la maduración de esa epistemología y de sus investigaciones.

Es importante resaltar el nuevo enlace que se está tratando de establecer entre dimensiones que hasta la década pasada se asumían como poco comunicables. Quizá, a eso había contribuido también el sesgo ideotético de las ciencias sociales. Los agrónomos que penetraban en la ciencia social o en la esfera política, los sociólogos que se las tenían que ver con la práctica tecnológica de los productores, y aún los estrepitosos fracasos de la aplicación de modelos de gran explotación en el medio rural mexicano, abrieron múltiples escenarios donde había que someter también a razonamiento el uso técnico.

Sea cual fuere el sentido del término crisis, lo cierto es que precipitó acontecimientos y estrechó relaciones. Marx había descubierto que esa forma histórica que denominamos capitalismo, con todo su vigor, tendía cada vez más a subordinar la técnica al proceso social y hacer de todo el proceso de conocimiento un medio más de producción. La crítica de ese proceso de subordinación es probablemente la clave para entender por qué ahora se piensa necesaria la reunificación de dimensión técnica y científica para disolver los obstáculos de posibles nuevas relaciones sociales.

Divagaciones finales

La tendencia del conocimiento en el caso de los estudios rurales en México ha ido en un sentido inverso a los esquemas de decisión del sector políticos nacional. Es muy contrastante este hecho, pues cuando se busca una imagen que refiera la relación ciencia-sociedad, en las discusiones académicas es recurrente la postu-

ra de una gran separación entre la estructura de generación de conocimientos y aquélla que los usa como herramientas del desarrollo social.

Las ideas que permearon las estrategias políticas de desarrollo rural fueron, las más de las veces, aquellas que permitieron una mayor capacidad de argumentación sobre la necesidad de abandonar las tradicionales líneas de relación entre la agricultura con sus productores y el estado con sus decisiones.

No se usó la teoría, como se puede hallar en décadas pasadas, sólo como inspiración ideoteleológica; especialmente, entre los principios del sexenio de Carlos Salinas de Gortari y mediados de éste, se constató una acalorada discusión donde la referencia a argumentos cognitivos ocupó el lugar central de la cuestión rural. No se enfrentaron sólo proyectos ideológicos: se pusieron a prueba la fuerza de los trabajos científicos.

Pero este escenario no ha sido el que mejor preservó la función de las instancias de generación de conocimiento respecto al desarrollo social. A medida que se descubrieron dificultades teóricas en la implementación de modelos de reequilibrio de los factores de la producción se asomaron los límites de las políticas de ajuste que no pusieron mecanismos propios o internos de formación de capital, entonces las decisiones se volvieron sobre su origen de fuerza política.

Y la necesidad de acelerar la apertura comercial y de desamortizar los bienes ejidales o comunales desactivó los canales de comunicación de la ciencia y la política. Los centros de investigación universitarios —y los civiles que surgieron en esta década— capitalizaron sus esfuerzos previos.

La episteme que organizó los trabajos de investigación hasta finales de los ochenta —campesino o descampesinismo— ha ido construyendo un sistema cognitivo más complejo. Hay una especie de ruptura con los hábitos tradicionales de pensar la cuestión agraria.

No es satanizado ya el objetivo de eficiencia de la producción campesina como requisito de sobrevivencia. La presencia de nuevas fuerzas sociales en el campo y su multiplicidad de formas de acción en espacios productivos o políticos ha complicado demasiado el escenario social contemporáneo. Esos agentes casi postra-

dos tras la profundidad de la crisis han podido rehacer sus fuerzas aún, en medio de un océano de tribulaciones financieras, como el de la vencida carter rural.

Bibliografía

- Arizpe, Lourdes *Cultura y desarrollo. Una etnografía de las creencias de una comunidad mexicana*, Porrúa, México, 1989.
- _____, *Cultura y cambio global: percepciones sociales sobre la deforestación en la Selva Lacandona*, UNAM-Porrúa, México, 1993.
- Barkin, David, *El fin de la autosuficiencia alimentaria*, Ed. Océano, México, 1984.
- Bartra, Armando, "El panorama agrario de los setenta", en *Investigación económica*, núm. 154, México, abril de 1978, pp. 67-124.
- Bonfil, Guillermo, *México profundo. Una civilización negada*, SEP-CIESAS, México, 1987.
- Espinosa, Víctor, *Economía mexicana*, temática, núm. 2, sector agropecuario, CIDE, México, 1978.
- _____, "Pequeña empresa", en A. Warman (coord.), *La política social en México, 1989-1994*, Fondo de Cultura Económica, México, 1994, pp. 327-328.
- Falcón, Romana, *Revolución y caciquismo. San Luis Potosí, 1910-1938*, El Colegio de México, México, 1984.
- Flores, V. Samuel, *Diagnóstico, problemática y alternativas de desarrollo sectorial agropecuario en México: abasto, consumo y comercialización*, CRUS-Chapingo, México, mimeo.
- García, Rolando, "Conceptos básicos para el estudio de sistemas complejos", en E. Leff, (comp.), *Los problemas del conocimiento y la perspectiva ambiental del desarrollo*, Siglo XXI, México, 1986.
- Goldsmith, Mary, "Debates antropológicos en torno a los estudios sobre la mujer", en *Nueva antropología*, núm. 30, México, noviembre de 1996, pp. 147-171.
- Guerra, Francisco, *El antiguo régimen y la Revolución Mexicana*, Fondo de Cultura Económica, México, 1988.

- _____, "Teoría y método en el análisis de la Revolución Mexicana", en *Revista mexicana de sociología*, núm. 2, IIS-UNAM, México, 1989
- Hewitt de A., Cinthya, *Imagen del campo. Una interpretación antropológica del México rural*, El Colegio de México, México, 1982.
- Ibarra, David, "Problemas institucionales y financieros de la agricultura", en *Comercio Exterior*, vol. 45, núm. 9, México, septiembre de 1995, pp. 639-651.
- Katz, Friederich (comp.), *Revuelta, rebelión. La lucha rural en México del siglo XVI al siglo XX*, 2 vols. ERA, México, 1990.
- Kingth, Alan, "Los intelectuales en la Revolución Mexicana", en *Revista Sociológica Mexicana*, núm. 2, IIS-UNAM, México, 1989, pp.25-66.
- Krotz, Esteban, "Poder, símbolos y movilizaciones: sobre algunos problemas y perspectivas de la Antropología Política", en *Nueva Antropología*, núm. 31, México, diciembre de 1986, pp. 7-21.
- Leff, Enrique (coord.), *Los problemas del conocimiento y la perspectiva ambiental del desarrollo*, Siglo XXI, México, 1986.
- Linck, Thierry, *El campesino desposeído y pasajes agrarios*, El Colegio de Michoacán, Zamora, 1988.
- Lustig, Nora, "El efecto social del ajuste", en N. Lustig, Bazdresch, N. Bucay y S. Loaeza (comps.), *México: auge, crisis y ajuste*, Col. Lecturas, vol. 3, núm. 73, Fondo de Cultura Económica, México.
- _____, "Crisis económica y niveles de vida en México", en *Estudios económicos*, vol. 2, núm. 2, México, 1987, 227-249.
- Mejía, Pedro y Sergio Sarmiento, *La lucha indígena: un reto a la ortodoxia*, Siglo XXI-UNAM, México, 1987.
- Marshall, Jean Yves et al., *Análisis gráfico de un espacio regional*, INIREB-IFRSDCM, Jalapa, 1985.
- Meyer, Jean, *Esperando a Lozada*, El Colegio de Michoacán, Zamora, 1984.
- Moncayo, Pedro y José Woldenberg, *Desarrollo, desigualdad y medio ambiente*, Cal y Arena, México, 1985.
- Parra, V. et al., "La regionalización socioeconómica, una perspectiva agronómica", en *Geografía Agrícola*, núm. 5-6, UACH,

- Centro de Estudios Regionales, México, julio 1993-enero 1994.
- Paré, Luisa, "Movimiento campesino: política agraria en México, 1976", en *Revista Mexicana de Sociología*, núm. 4, IIS-UNAM, México, 1985, pp. 85-114.
- _____, *Las voces del campo*, Siglo XXI, México, 1987.
- Pepin-Lehalleur, Marielle, "El Mante (Tams., Mexique): un systheme agraire regional?", Comunicación presentada al coloquio *Dinámica de los sistemas agrarios*, París, 16-17 noviembre de 1987.
- _____, "Une Mexique rural portáguerista pour l'an 2000", Comunicación presentada en la mesa redonda *Mexique a L'aube du troisieme milenaire*, París, diciembre de 1989.
- _____, "Algunos parámetros de la lucha por el poder local en la región del Mante, Tamps.", en Padua, Jorge y Alain Vanneph (coords.), *Poder local, poder regional*, El Colegio de México-CEMCA, México, 1993.
- Rello, Frenando, "Ajuste macroeconómico y política en México", en N. Lusting, Bazdresh, N. Bucay y Soledad Loaeza (comps.), *México: auge, crisis y ajuste*, Col. Lecturas, vol. 3, núm. 73, Fondo de Cultura Económica, México, pp. 372-393.
- Rendón, Teresa y Roberto Escalante, "Neoliberalismo a la mexicana: su impacto sobre el sector agropecuario", en *Problemas de desarrollo*, núm. 75, México, 1988, pp. 115-152.
- Rubio, Blanca, *Crisis agraria y resistencia campesina*, ERA, México, 1984.
- Ruvalcaba, J., "Dos formas de producción agrícola y nuestro modelo nacional de desarrollo agrícola", en *Anales*, CIESAS, México, 1984, pp. 45-85.
- _____, *Agricultura en Cempoala, Tepeapulco y Tulancingo, siglo VI*, DDF-UCCI, México, 1985.
- Salles, Vania, Kirsten Apendini, Teresa Rendón y Mariella Martínez, *El campesinado en México. Dos perspectivas de análisis*, El Colegio de México, México, 1984.
- Salles, Vania, "Una discusión sobre las condiciones de la reproducción campesina", en *Estudios Sociológicos*, vol. 2, núm. 4, El Colegio de México, México, abril de 1984.

- Sánchez Cortés, José (coord.), *Historia de la cuestión agraria*, Siglo XXI, México, 1982.
- Schejtman, Alejandra, *Economía campesina y agricultura empresarial*, Siglo XXI, México, 1986.
- Semo, Enrique, *Historia de la cuestión agraria en México*, 7 vols., Siglo XXI, México, 1988.
- Taylor, Williams, *Embriaguez, homicidio y rebelión en las poblaciones coloniales mexicanas*, Fondo de Cultura Económica, México, 1987.
- Torres, Felipe, *El sistema poscosecha y la alimentación nacional. En el sistema poscosecha de granos en el nivel rural: problemática y propuestas*, Programa Universitario de Alimentos, UNAM, México, 1995.
- Tudela, Fernando, *La modernización del trópico. El caso de Tabasco*, El Colegio de México, México, 1989.
- Warman, Arturo, *Las estrategias de sobrevivencia de los campesinos mayas*, ISS-UNAM, México, 1985.
- _____, "Los estudios campesinos veinte años después", en *Comercio Exterior*, vol. 38, núm. 7, México, julio de 1988a, pp. 653-658.
- _____, "Los campesinos en el umbral del nuevo milenio", en *Revista Mexicana de Sociología*, núm. 1, ISS-UNAM, México, 1988b, pp. 13-15.
- _____, (coord.), *La política social en México, 1989-1994*, Fondo de Cultura Económica, México, 1994.